



1

Las tres dimensiones del conocimiento

Por Julio FUENTES ALONSO (*)

Al considerar los diferentes aspectos del conocimiento, nos encontramos con que algunos se fundan, preferentemente, en las impresiones de los sentidos, que la observación relaciona entre sí y que constituyen la experiencia. Otros que, apoyados en principios racionales y partiendo de orígenes y unidades de medida convencionales, mediante la lógica, llegan a conclusiones de validez permanente y universal.

Ambos conocimientos, tradicionalmente considerados como tales, han alimentado las ciencias y las técnicas y han sido tenidos como importantes por su «utilidad». Dejando a un lado, sin embargo, todo un conjunto de saberes que, por no basarse en dichos conocimientos considerados como «serios», y servir, esencialmente, por un «agrado», «belleza» o «adorno», y siendo esquivos a cualquier ordenación y norma racional, ya que con un fundamento psicológico constituyen la base estética de todo arte en sus innumerables aspectos, presentes siempre en cualquier etapa de la humanidad, desde las más primitivas hasta las más avanzadas en cualquier sitio o circunstancia.

Aspecto éste del conocimiento que considerado producto de la «inspiración», a la que se «admiraba», de la que se «gozaba», elogiando la capacidad de los artistas, creadores o artesanos, pero sin permitir considerarla como un aspecto del conocimiento por sus aparentes «veledades» y caprichos y tenidas estas actividades como una especie de «bufones» del conocimiento.

Sin poder, o querer, caer en la cuenta de que, aunque de carácter diferente, era ese aspecto del conocimiento el que se «echaba de menos», cuando al parecer se le quería «hacer de menos» para poder librarse de la «dictadura» de la utilidad, que «desequilibra» y «desquicia» las mentes, convirtiéndolas en simples mecanismos útiles para una enormidad de cosas, pero no para una, precisamente la más imprescindible, para que el hombre pueda hacer una vida propiamente humana o hasta, simplemente, natural, y no la correspondiente a un mecanismo, complejo y delicado en algunos, pero mecanismo al fin.

Considerando en su conjunto los tres aspectos del conocimiento, se puede suponer que así como un cuerpo, un volumen, ha de tener tres dimensiones para no dejar de serlo, un conocimiento, para poderse tener como tal, sea de la clase que sea, necesita comprender dichos tres aspectos.

Como metáfora para hacer evidente, de un modo gráfico, los tres aspectos del verdadero conocimiento, se puede considerar como «coordenadas» las aristas de un «triedro trirectángulo», equivalente a las tres aristas que tienen un punto común en un cubo y que resultan cada una perpendicular a las otras dos. Situado este cubo de manera que dos de sus aristas estén horizontales, representando las anchuras y las profundidades, respectivamente, quedando, por tanto, la otra en posición vertical.

En un cuerpo cualquiera, si una dimensión domina de modo extraordinario a las otras dos resultaría un «alambre»; si son dos las dimensiones que dominan de ese modo, supondría una «chapa», y si las tres, sin necesidad de ser iguales, no destacan ninguna de aquel modo, daría por resultado un «bloque». Pero bastaría que una de las dimensiones desapareciera totalmente para que lo hiciera, asimismo, el cuerpo.

De semejante modo, un conocimiento cualquiera necesita comprender, en una y otra proporción, los tres aspectos considerados. Para que el conocimiento sensorial constituya una imagen necesita atenerse a formas y dimensiones relativas y producir, por tanto, una impresión más o menos agradable o repulsiva, o contar con la repetición, dimensión racional del tiempo, y resultar, de igual modo, atractiva o repulsiva.

Tampoco la dimensión psicológica del conocimiento, para que éste lo sea, puede quedar reducida a una simple «impresión», sea ésta atractiva o repulsiva, sino constituir, al menos, una «armonía» o «desarmonía», en las que intervienen, necesariamente, las dimensiones racionales, de tiempo o espacio, y la sensorial, correspondiente a uno u otro sentido.

La dimensión racional tampoco, por sí sola, origina conocimiento alguno. Una simple fórmula no puede suponer un conocimiento, sino uno de sus aspectos que completa con los otros al aplicarla a algo concreto.

Hay conocimientos en los que domina un aspecto de modo tan definitivo que parece ser exclusivo más que dominante, como ocurre en la geografía con el «sensorial», en el arte con el «psicológico» y en las matemáticas con el «racional». Pero si se les «extirpasen» los otros

(*) Catedrático de Perspectiva Cónica. Escuela de Bellas Artes de San Fernando (Madrid).

dos desaparecerían como conocimiento, quedando reducidos a una «sensación», «impresión» o «razonamiento».

Dando a estos «aspectos» del conocimiento el nombre de «dimensionales», que corresponden unas propiamente a la metáfora empleada, resulta de una más precisa aplicación.

Con este concepto del conocimiento en sus tres dimensiones podemos considerar cualquiera de ellos independientemente de su mayor o menor exactitud o verdad, según su carácter, y evitar que, porque algo sea discutible, en uno de sus aspectos quede ya calificado del mismo modo en los demás.

Y para aquellos conocimientos en los que como el «arte», la «belleza» o el «amor», la dimensión psicológica es la fundamental, supone el ser considerados realmente como conocimientos, si bien de aspecto diferente, y no como algo «extraño» o «misterioso», como si los demás, en algún modo, no lo fueran también, y no solamente «admirados», pero «desconocidos», y que, por insensatos, como poco de fiar sus creadores.

Al tiempo que podemos así representar gráficamente, en un espacio de tres «dimensiones», o «aspectos», el proceso o evolución de unas ideas o criterios, durante el transcurso del tiempo, mediante una línea que exprese así el curso de su historia.

Lo mismo que nos permitiría, de manera evidente, el comprender el desarrollo excesivo y, por ello, «monstruoso» de una de las dimensiones del conocimiento, producido por unas circunstancias favorables a él sin que se haga necesario el limitar o «reducir» éste, sino «compensarlo» mediante el desarrollo de las que se habían quedado «retrasadas».

La natural evolución de los distintos aspectos del conocimiento no ha de resultar siempre proporcional, sino que cambiará según las circunstancias, como ocurre en el desarrollo de los individuos, lo cual es «natural», mientras no resulte «alarmante», como síntoma de «monstruosidad» y no solamente como una característica.

Todo lo cual nos llevaría a considerar, también en el conocimiento, un elemento evolutivo, histórico, con el que las verdades perderían su «dogmática rigidez» tradicional, al suponer en la verdad un valor permanente, por no depender del momento o las circunstancias. Característica propia sólo de los principios racionales, pero no de los conocimientos; en los que siempre, aunque no siempre de modo consciente, intervienen las demás dimensiones del conocimiento, que, sin embargo, resultan evidentes en aquellos conocimientos en los que la dimensión psicológica es la fundamental y que se presenta como «inspiración», «devoción» o «amor».

Considerando así el conocimiento en sus tres dimensiones o aspectos, permite suponer cualquier saber en una situación más o menos próxima de los «ejes», o «aristas» del triedro, de la metáfora, y que sus aspectos resulten más o menos desarrollados. De forma que pueden considerarse ciertas algunas verdades que, de otro modo, resultarían «incompatibles» entre sí, al considerar el conocimiento en una sola dimensión en la que «verdad» y «error» resultarían opuestas y, por ello, incompatibles.

Algo semejante ocurre cuando en el conocimiento se considera la intervención del «punto de vista», lo que permite tener en cuenta diferentes aspectos de las cosas, distintos entre sí, pero también todos ellos ciertos, al considerarse las circunstancias del «pensador» u «observador».

Considerando así el conocimiento en sus tres dimensiones se le concede una mayor profundidad al pensamiento, al presentarlo con una dimensión más, que bien podría equivaler a la del «tiempo» o el «estilo», y no solamente a la de diferentes individuos.

Con lo cual podemos hablar así de «conocimientos totales» y no «parciales», como los que resultan de las opiniones personales o de la «monstruosidad» de los convencionalismos racionales, que si bien equivalen a un «acuerdo general» por racional, son acuerdos inmóviles, «disecados», «muertos».

Podemos tomar como ejemplo de un conocimiento total la «meteorología», en la que resulta evidente el aspecto sensorial, por el que nos enteramos de un modo directo de los fenómenos atmosféricos y en los que el aspecto «psicológico» resulta, asimismo, importante, si consideramos la impresión de «satisfacción» y «agrado» o de «inquietud» y «temor» y sus variados matices, sin que se puedan olvidar las medidas racionales de «velocidad del viento», «lluvia caída», «temperatura», etcétera, fundadas en unidades de medida y en orígenes convencionales.

Haciéndose evidente, como «señal de alarma», del desarrollo excesivo del aspecto racional, no compensado con los que suponen el aumento del «sensorial» producido por la «observación» y la «experiencia», por un lado, y del «arte» y la «armonía», por otro.

Resultan «equilibradas» las personas que tienen desarrolladas sus «dimensiones», «aspectos», mentales de acuerdo con la actividad que ejercen, lo que les permite sentirse a gusto, como vistiendo un traje o calzando unos zapatos a su «medida». Lo que afecta gravemente a su felicidad.

Profundizando aún más en este concepto de «proporción mental» del conocimiento y, por lo tanto, de la «personalidad», podemos considerar su influencia en la «armonía» del matrimonio, que depende, en el aspecto personal, no de una «igualdad» de características mentales, lo que más que «amor» resultaría un «reflejo», sino de la existencia de la compensación de los «aspectos» mentales de las personalidades, que podemos considerar como un «encaje recíproco», el más notable y permanente de los equilibrios.

Necesidad sentida por cualquier espíritu atento a las características de la sociedad actual, y que a los responsables de la educación les debe hacer comprender que, si los conocimientos de carácter utilitario pudieran considerarse de «urgencia» en algún momento, su estructura actual «desemboca» no sólo en una «insatisfacción colectiva», con sus gravísimas consecuencias, sino hasta en una «insensibilidad», que se puede considerar como una «ceguera», lo que es necesario prever con tiempo, ya que su rectificación no es fácil ni rápida.